

Enrique Andrés Ruiz y el libro de las horas

Juan Ángel Juristo

El escritor y ensayista Enrique Andrés Ruiz (Soria, 1961), poeta de corte reflexivo y autor de libros como 'Cantar de los azules', 'Con los vencejos' o 'El perro de las huertas' es, asimismo, un narrador de prestigio con títulos como 'Los montes antiguos' y 'Las señoritas', donde da voz a varias mujeres que viven la posguerra en una ciudad de provincias. En el apartado del ensayo creo que Enrique Andrés Ruiz brilla con luz especial por lo trabajado de sus textos, muy a la contra de la cultura oficial, lo que es de agradecer. Entre ellos se hallan títulos esclarecidos como 'Santa Lucía y los bueyes' o 'Los hombres difíciles', donde estudia sobre todo la obra de Ramón Gaya.

Ahora, en su última novela, 'Mister Ángel del Río', a través de aquel profesor de Columbia que fue el impulsor de los estudios del hispanismo en Estados Unidos (antes de que el interés pasara a los latinoamericanos), que fue amigo de García Lorca (le dedicó algunos de los poemas de 'Poeta en Nueva York') y que reunió en su figura a los hermanos Machado, a Pedro Salinas, a Hemingway, a Diego Rivera, a Julián Gorkin, lo que Enrique Andrés Ruiz ha



'Mister Ángel del Río'



Autor: Enrique Andrés Ruiz
 Editorial: Periférica
 Año: 2026
 Precio: 22,50 euros
 Páginas: 336

hecho abarca mucho más... Y bien puede decirse que trata un tema preterido a favor del exilio en América Latina, sobre todo, México y Argentina, que es el del exilio español en EE. UU, de una importancia fundamental en el conocimiento de lo hispánico en ese país, y de esta manera dar a conocer al lector actual que no sólo estuvieron por allá, Salinas, Guillén y el Juan Ramón Jiménez de Coral Gables, sino Luis Quintanilla, Carlos Esplá, Isabel García Lorca.

Para hacernos una idea de los personajes que reunía Ángel del Río basta esta cita: «Con más frecuencia aún, los tertulianos se veían en otro restaurante español, Fornos, en la Cincuenta y Dos, también muy cerca de Broadway, la zona de siempre. Fabada, callos, arroz con pollo. Junto a ellos solían acudir Casaldueiro, Granel, Maurín, el siempre maledicente Ayala si estaba en Nueva York, Gustavo Durán, Esplá... Desde que se había pasado el sarampión de la creencia en la restauración democrática en España, la ansiedad había desaparecido. Contaban anécdotas antiguas. Se carcajeaban».

Pero el autor no pierde nunca el hilo de que el libro es un homenaje biográfico al profesor Ángel del Río: quizá la parte más emotiva, más sentida, de esta narración, que se lee con una facilidad notable -lo que da idea de su capacidad literaria-, sea la de los últimos días del profesor, víctima de una embolia, producto de una bronquitis que cogió en Neully. El profesor, ese hombre que recogía a todos, que parecía casi saberlo todo, que tenía como proyecto prioritario terminar en París su Historia de la literatura española, murió mientras dormía: «Había viajado en el tiempo, fuera del tiempo. Ahora, el tiempo iba a dejar a la Historia detrás. El hombre sabio lo ignoraba todo. Era inocente. Estaba tranquilo».